

pruebas diagnósticas a toda la población, o a ciertas poblaciones especiales (como las embarazadas); se subraya la obligación de guardar la confidencialidad en el resultado de las pruebas efectuadas, dada la nula contagiosidad de la enfermedad en la vida cotidiana (sólo se quebraría esta obligación en el caso de personas que pusieran en riesgo relevante a otras y no quisieran prevenirlo); y señala la obligación del médico de atender a estos pacientes, tomando las medidas necesarias, si es el caso, para evitar el contagio personal (que, en las estadísticas que aporta, no es mayor para el personal sanitario que para otras profesiones).

Quizá el afán de recoger las distintas aproximaciones al problema del Sida, realizadas desde presupuestos éticos diversos, penalice la claridad y unidad de la obra. El conflicto entre la libertad individual y la salud pública queda enmarcado en el liberalismo social americano y, aunque se afirman los principios cristianos de solidaridad humana y personalismo, éstos no alcanzan —a mi juicio— todo su relieve. En este sentido, el proceso histórico moderno de reconocimiento de la libertad individual que, en lo que afirma, constituye una conquista indudable y así lo manifiesta el autor, podría haberse matizado con un contrapunto adecuado que mostrase los límites del concepto de autonomía tal como lo entiende la teoría política liberal, y lo desligase de un libertarismo radical que el mismo autor rechaza decididamente.

El estudio del deber profesional del médico se extiende en la descripción histórica de la conducta profesional en las epidemias, que el autor considera fundamentación. Cuestiones teóricas (como el formalismo kantiano, los límites de la obligación de solidaridad en

una sociedad liberal, y argumentos consecuencialistas o teleologistas) se mezclan: podrían ser elaboradas de tal forma que diera mayor cohesión al conjunto.

Al margen de estas observaciones, referidas principalmente a la síntesis teórica de la obra, se trata de un magnífico trabajo, que muestra toda una serie de argumentos —de índole diversa— para apoyar una ética médica coherente ante los enfermos que padecen esta terrible enfermedad.

Antonio Pardo

Sor Mercedes DE JESÚS EGIDO, *Hacia el amor perfecto, desde el Monte Santo de la Concepción*, 2ª ed., B.A.C., Madrid 1999, 554 pp., 13 x 20, ISBN 84-7914-382-7.

La Orden Concepcionista, fundada por santa Beatriz de Silva para el culto y servicio de la Virgen Inmaculada, se enmarca en su origen en la regla del Cister a petición de la fundadora y con la aprobación de Inocencio VIII. Sin embargo, tras la muerte de santa Beatriz, por diversas circunstancias, fue cambiado ese marco hacia la observancia y el espíritu franciscano, quedando el de la fundadora sin vigor en casi su totalidad, «de tal modo que, aunque en 1511 consiguió regla propia, fue tal la influencia de la OFM en ella y en siglos posteriores, que la Orden hoy es conocida como concepcionista franciscana y vive de este espíritu» (p. XI).

Bajo el impulso de la llamada del Concilio Vaticano II a volver a las fuentes, se inició un experimento de reflexión y descubrimiento de la espiritualidad de la Fundadora, que condujo a nuevos estatutos y a la aprobación pontificia el 8-IX-96, que autorizaba a los

monasterios que lo habían solicitado la adaptación pedida para recuperar la espiritualidad de la fundadora.

La presente publicación obedece al deseo sugerido a las Concepcionistas de dar a conocer su espiritualidad, al hilo de las reflexiones que habían suscitado los años del «Experimento». «Rogamos que quien lea el libro vea en él unas sencillas exhortaciones de una Abadesa a sus Monjas, sin más pretensión que la de la fidelidad a Dios, a la Iglesia y a nuestras raíces» (p. XII).

El título de la obra obedece a la intuición inspirada en Is 16, 1 (Enviad el cordero al soberano de la tierra..., al monte de la hija de Sión) que ve en María Inmaculada el *Monte* de santidad por su Pureza Inmaculada y todas las demás virtudes (cfr. p. 3).

Desde dicho *Monte* será posible ascender hacia el misterio del proyecto creador de Dios y, asimismo, al misterio de Dios Trinidad, que es el fundamento de la espiritualidad concepcionista. Los aspectos básicos de la misma se desarrollan a lo largo de sucesivos capítulos cuyos títulos son bien expresivos: conversión, consagración, obediencia, castidad-amor consagrado, despojo concepcionista, clausura y veneración a María Inmaculada.

El estilo de la obra es el de una meditación continuada que viene marcada por la intención de mover a un intenso amor de Dios de la mano de María Inmaculada, en la genuina espiritualidad concepcionista, en la práctica de sus estatutos y constituciones: «de este “camino” de esta “subida”, que es nuestra vocación concepcionista, es de lo que vamos a tratar de tomar conciencia reflexionando estos artículos de nuestros Estatutos que tratan de nuestra consagración. Tomar conciencia del

origen, sublimidad, contenido y compromiso que encierran» (pp. 160-161).

Ciertamente, las bellas páginas que presentamos son una puerta abierta a esta espiritualidad, que se leerán con interés por quienes deseen acceder a su conocimiento directo.

Juan Francisco Pozo

L. CASELLI (ed.), *Ripensare il lavoro. Proposte per la Chiesa e per la società*, Dehoniane, Bologna 1998, 328 pp., 21,5 x 14, ISBN 88-10-a0165-0.

Como preparación para un congreso nacional sobre las implicaciones sociales y pastorales del trabajo en la actualidad, destinado a celebrarse en mayo de 1998, la Conferencia Episcopal Italiana promovió la constitución de un grupo de estudio, con participación de peritos en diversas ciencias, que reflexionara sobre esas cuestiones. Resultado de esos trabajos es el presente libro, en el que se recogen trece colaboraciones redactadas, en su mayor parte, por profesores provenientes de universidades italianas (Bologna, Génova, Macerata, Milán, Nápoles, Parma, Trento), así como por profesores de centros eclesiásticos o miembros de comisiones episcopales.

Las colaboraciones se agrupan en tres apartados. El primero: «Coordenadas para el estudio» (pp. 19-92), aborda la problemática general y de fundamentación; el segundo: «Profundizaciones específicas» (pp. 93-223), entra en cuestiones concretas; y el tercero: «La Iglesia interpelada» (pp. 225-322), se ocupa de los aspectos directamente teológicos y pastorales.

Como es lógico en este tipo de obras, los trabajos son diferentes entre